



Capítulo 15

Del Viento, el Poder y la Memoria

Materiales para una lectura crítica
de Miguel Gutiérrez

Cecilia Monteagudo | Víctor Vich
editores



Pontificia Universidad Católica del Perú
FONDO EDITORIAL 2002

Primera edición: octubre de 2002

Del Viento, el Poder y la Memoria. Materiales para una lectura crítica de Miguel Gutiérrez

Diseño de carátula: Gisella Scheuch

Copyright © 2002 por el Fondo Editorial de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

Plaza Francia 1164, Lima-Perú.

Teléfonos: 330-7410, 330-7411

Fax: 330-7405

E-mail: feditor@pucp.edu.pe

Derechos reservados, prohibida la reproducción de este libro por cualquier medio, total o parcialmente, sin permiso expreso del editor.

Hecho el Depósito Legal: 1501362002-4572

ISBN: 9972-42-503-7

Impreso en el Perú - Printed in Peru

GUTIÉRREZ, POR FIN, EN CAMINO

por Ricardo González Vigil

MIGUEL GUTIÉRREZ ACABA DE PUBLICAR una novela que ha de perdurar: *Hombres de caminos* (Lima: Editorial Horizonte, 1988; 219 pp.).

El largo salto desplegado por Gutiérrez desde sus prometedoros inicios, en la revista *Narración* y su novela juvenil —que lo mostró en vías de aprendizaje, asimilando las nuevas técnicas narrativas— *El viejo saurio se retira* (1969), hasta este notable libro, *Hombres de caminos*, viene a cubrir las expectativas por él despertadas.

Gutiérrez pertenece a una *hornada* o *generación* que brotó hacia 1968 y que ha sido pródiga (en un país con pocos novelistas rescatables) en novelistas de interés. Además de los ya consagrados Alfredo Bryce y Gregorio Martínez (este también animó la citada revista *Narración*), voces de la talla de Luis Urteaga Cabrera, José Antonio Bravo, José Hidalgo y Edmundo de los Ríos. Por edad, aunque debutaron alejados del brote *generacional* de 1968, cabría añadir las importantes contribuciones novelísticas de Eduardo González Viaña (*¡Habla, Sampedro; llama a los brujos!*) y César Calvo (*Las tres mitades de Ino Moxo*). El caso de Manuel Scorza es diferente: se dio a conocer como novelista en 1970, pero pertenece a la *Generación del 50*; de todos modos, resulta sintomático que Scorza deviniera en novelista en un periodo fecundo en vocaciones novelísticas.

El brote generacional de 1968 lo hemos registrado en nuestra antología *El cuento peruano 1968-1974*, conectándolo con el brote poético de la *Generación del 70*. Ambos, novelistas y poetas, se nutrieron del lenguaje de la *nueva narrativa* (del *boom* hispanoamericano y de los maestros que posibilitaron el *boom*: Rulfo, Carpentier, García Márquez, Vargas Llosa, etc.) o de la poesía más renovadora posterior a la Segunda Guerra Mundial (en el caso del Perú, establecida por poetas de la *Generación del 60*), pero «[...] dicha asimilación supuso también un ajuste de cuentas, una implacable revisión de lo recibido del lapso inmediatamente anterior, es decir de Vargas Llosa y el *boom* narrativo, y de la poesía de la llamada *Generación del 60*. Muestras mayores de esta revisión con ansias de negación y ruptura, resultan las revistas *Narración*, *Estación reunida* y diversas publicaciones colectivas de *Hora Zero*» (p. 18).

Narración focalizó, pues, el proceso en la narrativa. Con el valioso refuerzo de escritores mayores, es decir, Oswaldo Reynoso y Antonio Gálvez Ronceros (así como el poeta Pablo Guevara sirvió de *punte* con *Hora Zero*), dicha revista congrego a varios narradores jóvenes, entre los que Gutiérrez (Piura, 1940) descoló inmediatamente por su energía crítica y creadora.

En *El cuento peruano 1968-1974* sintetizamos la labor de Gutiérrez: «Pieza capital de la revista *Narración*, ha propugnado con lucidez y rigor una narrativa de filiación marxista-leninista, comprometida con las causas populares, así como una revisión radical —un “proceso”, diría José Carlos Mariátegui— tanto del desarrollo de las letras peruanas, como de las formulaciones realizadas por los críticos en nuestro medio. Destaquemos su valoración de la tendencia realista, especialmente cuando no se contenta con sólo mostrar, sino que formula interpretaciones y tantea soluciones orientadas al cambio revolucionario; mencionemos, al respecto, su admiración por los relatos realistas de Vallejo, Ciro Alegría y Julián Huanay. Rescata, en consecuencia, mucho del realismo crítico y el realismo socialista, aunque comprende —eco del pro-vanguardismo de Mariátegui— la necesidad de asimilar las técnicas narrativas de la modernidad artísticas,

y de ensayar nuevos caminos, ya sea asumiendo la tradición oral del pueblo, ya sea explorando el potencial literario de la crónica, el informe, la entrevista, etc.» (p. 392).

Gutiérrez y *Narración* (también Urteaga Cabrera, Calvo y Scorza), al igual que Enrique Verástegui y el Movimiento Hora Zero, han concentrado el clima revolucionario de fines de los años 60 y comienzo de los años 70. La meta de ellos: una literatura, a la vez, espléndida técnicamente y decisiva ideológicamente. Ese designio los lleva al gran aliento, como lo demuestra la saga novelística que está inaugurando Gutiérrez con *Hombres de caminos* (las saga *andina* de Scorza y la que tiene en composición Calvo) y el totalizador *Angelus Novus* de Verástegui.

Porque *Hombres de caminos* forma parte de un ciclo de cinco novelas sobre la legendaria familia Villar de Piura. Constituye una de las cuatro novelas de tamaño medio (de las que ya tiene concluida una más: *El nacimiento de Martín Villar*) que acompañarán a la extensa novela, columna vertebral de la saga: *El viento y la memoria*, la cual ya está terminada y será editada dentro de pocos meses.

Cada una de las cinco novelas podrá leerse de modo independiente, porque posee trabazón argumental (como acaece con las novelas de Zela, Faulkner y García Márquez). Inclusive en *Hombres de caminos* figura un *quién es quién*, y sin las complicaciones, con añadidos a la trama, del célebre suplemento de *El sonido y la furia* de Faulkner; al contrario, resulta orientador para situar a los personajes de la saga en el terreno específico de la novela que tenemos en la mano y entender mejor el punto de vista que adoptan.

Los *hombres de caminos* son los bandoleros, tan extendidos en la costa y la sierra del norte peruano hasta las primeras décadas de esta centuria. Literariamente, cabe recordar (por su pertinencia para la indagación de Gutiérrez) la atención que consagraron al tema Enrique López Albújar (no solo hay bandoleros en algunos cuentos suyos, sino que les dedicó un estudio: «Los caballeros del delito») y Ciro Alegría (el estupendo Fiero Vásquez de *El mundo es ancho y ajeno*: su evolución a posturas justicieras y casi

revolucionarias la ha examinado el crítico Tomás G. Escajadillo como expresión de una violencia con tácticas cercanas a la guerrilla). Gutiérrez enriquece esa veta, sugiriendo en la transformación ideológica del personaje Sansón Carrasco (con muchos rasgos tomados de López Albújar, ya que el ilustre escritor chiclayano usó como periodista el seudónimo cervantino *Sansón Carrasco* y editó valientemente el hebdomadario *El amigo del pueblo* en Piura, en una época en que los gamonales carecían de miramientos o escrúpulos con los *indigenistas* y defensores del pueblo) el arribo a posiciones revolucionarias, las que entrevé el Fiero Vásquez de *El mundo es ancho y ajeno*, como también diversos personajes de *Hombres de caminos*.

Con destreza, Gutiérrez moviliza diversos puntos de vista y técnicas narrativas, poniendo en práctica sus reflexiones en *Narración* sobre la necesidad de explotar el potencial literario de formas diversas, abriendo nuevos cauces al relato de inspiración realista que asume la experiencia colectiva.

La obertura nos ofrece unos papeles de Martín Villar, decidido a contar la historia del bandolero Isidro Villar. Su prosa suntuosa, barroca, ahíta la vibración poética, tiene algo que ver con Faulkner o con Joao Guimaraes Rosa, pero pautaada por un acento lacerado, convulso, que Gutiérrez ha sabido extraer de las frases y las imágenes.

La Primera Parte finge editoriales, crónicas e informes del hebdomadario *El amigo de pueblo*, en las que Sansón Carrasco y un colaborador (con el estilo que les correspondería a uno y a otro: hábil adaptación del lenguaje) exponen la naturaleza del bandolerismo y de la represión penal-policial que padecen.

La Segunda Parte intercala, en buscada contraposición, el discurso (grotesco, esperpéntico) de *El Ciego* (quien defiende el gamonalismo y la represión, de una manera que lo que logra es desnudar la corrupción y venalidad de ambos) y una conversación entre Sansón Carrasco e Isidro Villar, que sella en aquel la comprensión del factor subversivo en los bandoleros y confiere grandeza humana a Isidro Villar.

Finalmente, la Tercera Parte y el epílogo tejen varias voces, emitidas en forma confidencial e invocativa, que buscan esclarecer la razón de las luchas populares.

Dominical de El Comercio, Lima, 3 de abril de 1988.